



("Nuevo Mundo.. Madrid, 30 junio 1922) autor

EL REPOSO ES SILENCIO

330-

[Resquido en "de esto y de aquello", tomo IV]

«The rest is silence!»
(Últimas palabras de Hamlet)

EL reposo es silencio!», susurró con su último aliento Hamlet, moribundo. Y reanudó el silencio. Y Horacio, su amigo, dejó caer sobre el último silencio de Hamlet estas palabras de despedida eterna: «Ahora revienta un noble corazón. Buenas noches, querido príncipe; y que vuelos de ángeles te canten á tu reposo! ¿Por qué viene sonando el tambor?» Y se volvió al tambor guerrero y á Fortimbras, el nuevo rey, dejando al príncipe en el reposo del silencio, en el silencio del reposo inacabable.

El reposo es silencio, sí, y el silencio y sólo el silencio es reposo. Pero no ya el silencio ambiente, el que á uno le hacen los demás, sino el silencio íntimo, el que uno hace á los otros. No el silencio pasivo, sino el activo. ¡Poder callarse!

¿Hay algo más congojoso que tener que hablar ó tener que escribir, que es lo mismo? Tener que..., tener que..., ¡terrible tiempo de obligación! No hay modo de que goce de aquel reposo que remonta el corazón quien tiene que hablar ó que escribir á diario ó casi á diario, el forzado de la palabra ó de la pluma.

Allá, en la cima, es donde he gustado el silencio, el silencio de los demás; pero sobre todo el mío propio. Me sentía callar. Y goteaban dulcemente sobre mi ánimo los instantes silenciosos como una mansa llovizna sobre un lago de cumbre.

Uno de los hombres que más profundamente han sentido la soledad y el silencio, Alfredo de Vigny, el cantor de la soledad augusta de Moisés—«¡Oh, Señor, he vivido poderoso y solitario; déjame dormir el sueño de la tierra!»—, cantando la muerte del lobo nos decía: «Sufre y muere sin hablar!», y otra vez, al concluir su canto de desesperanza y desesperación al Cristo en el huerto de los olivos, oficiaba al Silencio diciendo que el justo «no responderá más que por un frío silencio al silencio eterno de la Divinidad».

¡Quién pudiera, cartujo de la vida civil, callarse! ¡Pero cuando se vive de hablar, de escribir!... Y se vive—¡aquí está la tragedia!—suele querer decir «se come»!

«¿Morir? ¡Dormir..., dormir..., soñar acaso!»—decía Hamlet, el mismo. Pero soñar en silencio, arropado en él. Y soñar callándose.

¡Reposo! ¡Descanso! ¿Cuándo ya? El trabajo de tener que vivir no deja lugar ni tiempo al reposo.

Fray Bernardino de Aguilar, monje jerónimo profeso del convento de la Murta, de Barcelona, se murió, como nos cuenta el P. Fr. José de Sigüenza, cantando. «Dando un suspiro de lo profundo del pecho, puestas las manos en la tecla, pasó de esta vida á la eterna, porque cantase el cantar del Señor en la tierra de los vivientes.» Y Hamlet murió diciéndose: «El reposo es silencio...» Y acaso pensara: «Callarse ó no callarse: he aquí la cuestión!»

Se ha dicho de Carlyle que empleó largos discursos—discursos por escrito—para recomendar el silencio. Las aves enjauladas son las que cantan á la libertad. Para ellas el canto es vuelo. El más terrible destino es el de vocero. Y como, además, no pueden tapparle á uno la boca sino con ignominia y vilipendio...

¡Comprarle á uno el silencio! El silencio, como el alma, no se vende, no se puede vender. Porque el silencio es la paz del alma, es el reposo del alma, y el alma no puede, no debe tener paz ni reposo sino cuando deje al cuerpo.

«¡Descanse en paz!», suele escribirse sobre la puerta de la última alcoba del hombre. Y á lo mejor se trata de uno que jamás se cansó. El descanso hay que ganarlo y merecerlo fatigándose. Y sobre la tumba de algunos de nosotros, de los forzados de la lengua ó de la pluma, podría escribirse: «¡Cállese en paz!»

—¡Bah! ¿A usted qué le cuesta? ¡Diga algo, escriba algo!

¡Ah, sí! ¡Hay gente á la que no le cuesta vivir! ¡Y no saben lo que es pasar los años y no poder callarse, no poder descansar! ¡Enronquece la garganta, la voz se quiebra, balbuce la lengua, se nos escapan las palabras, y hay que hablar!

—¡Que hable! ¡Que hable! A ver, á ver, ¿qué dice?...

Porque se ve lo que se dice, se ve la palabra. Y se ve el silencio. Hamlet, tendido en tierra, recién muerto, con los abiertos ojos ya sin vida, miraba al cielo, como queriendo oír el silencio de Dios, oír con los ojos.

Y ahora voy á callarme, pero para rumiar nuevas palabras, las de mañana, las de cada día. Y bajito, muy bajito, casi en silencio, susurraré al oído del Señor: «El pan nuestro de cada día dánosle hoy.»

«En el principio fué la Palabra»—dice el cuarto Evangelio en su principio. ¡Y al fin fué el silencio!

MIGUEL DE UNAMUNO